



UN CIRCO COLOMBIANO

LUIS CARLOS BAÑOL MUÑOZ

Estudiante de Antropología
Universidad de Antioquia

Orlando Arroyave Álvarez
Baila Sarah, baila
Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2019.

Los personajes de esta novela sobre el circo colombiano en la época de la Violencia piensan que están soñando o anhelan estarlo o buscan a toda costa salir de sus pesadillas. Solo los monstruos de este circo no sueñan y si lo hacen sus sueños carecen de esperanzas. Sarah, la protagonista, suele soñar con el ángel comerrelojes. Un gordo cuarentón sucio

que come pulseras y siempre se ahoga en el sueño. Ella nunca sabe si sobrevive luego de atragantarse con un despertador. Sarah mira impávida y trata de alertarlo. Mientras tanto sufre fiebres constantes que la aquejan. La vida de Sarah es un canto gitano digno y melancólico. Hija de Arcadia, una antigua prostituta que fue acogida por una familia extranjera refugiada en Colombia luego de la Guerra Civil Española. En esta familia, la madre Arcadia se autocondenó infructuosamente hasta la muerte a fregar “un musgo que se estaba comiendo la casa” (p. 81). Lucrecio, padre de Sarah, abandonó a Arcadia al intuir su enfermedad a causa del hongo. En la casa de las españolas, la niña Sarah aprende a bailar y cantar música flamenca a la par que acompaña a las señoras menguando sus soledades y fantasmas. Sarah posee un encanto con el que trafica. Sueña con marineros protectores, pero en vez de ellos se encuentra pretenciosos desvalidos, decrépitos de la guerra, soldados y bobos de pueblo.

Los sueños del general Mendieta, protector del circo donde trabaja Sarah, son provocados por los daños colaterales de su aberración y de su misoginia macabra. La disciplina militar, impuesta a palos y solo apta para máquinas, lo deshumaniza y le aturde. Por eso repite que “la patria se cimienta con cadáveres” (p. 45). Está obsesionado con el himno nacional y, además de soportarlo y cantarlo en los batallones, lo escucha en su cabeza en los ratos libres y sueña con él en las noches. Siempre el mismo sueño: vuela dando órdenes de bombardear las lucecitas del poblado con un “rayo de fuego que dejaba a las víctimas como estatuas carbonizadas, por compasión, para que fueran en algo reconocibles para futura identificación de las autoridades incompetentes” (p. 153). Pero los aviadores no entienden las órdenes. El general cae a bordo de una bomba, como lo hace el mayor T.J. “King” Kong, a bordo de la bomba atómica en la película *el Doctor Strangelove*, de Stanley Kubrick. El doctor Socarrás, su perverso psicoanalista, le receta mujeres, mucho sexo, por lo que sería mejor que el general, pedófilo reconocido, se mantuviera dormido y no despertara jamás.

Federico, el odioso enano Nino, pertenece a los monstruos de sueños sin esperanzas. Sus sueños son tan vanos como su altura y tan dolorosos como su memoria familiar. Desde que llegó a El Carrusel insistió en hacerse respetar en sus horas libres. Pero en su vida pesan más las imágenes del horror. Su “abuelo y padre fueron liberales radicales, en la guerra de los Mil Días” (p. 65). Y ya sabemos lo que significó ese periodo: masacres y más masacres. Que en la vida de Nino se suman a las nuevas formas de violencia, más refinadas, de los años cincuenta del siglo pasado. Nino se molestaba constantemente por ser obligado a colocarse trajes vistosos por fuera de las funciones circenses, porque quería conservar su reputación de hombre normal y así conseguir mujeres. Sueño lejano a la realidad.

Ulises, el director del circo, usa la violencia para incrementar las acrobacias de la imaginación. Una vez, en medio de un alegato con Federico, lo amenaza: “No me costaría matarte, sería capaz de abrirte las entrañas y escupirte dentro, para que tus gusanos lamieran mis flemas” (p. 64). Luego de que Federico quedara hecho “masa envuelta en ropas negras de sangre” (p. 65), el director es condenado al fusilamiento, acusado también de arrancar la cabeza al capitán Valencia. Ulises niega los dos homicidios utilizando sus habituales artimañas y sus pragmáticos artilugitos verbales.

Con sus sesenta y tres cortos capítulos, *Baila Sarah, Baila* nos divierte con la sátira política y el humor frente a lo absurdo de un país que repite la tragedia de un circo condenado al fracaso. La poesía, la música y las imágenes de la guerra acompañan la presentación del circo colombiano a mediados del siglo pasado. Más que leerse, este libro se siente, es atrayente,

envolvente y limpio de borrones y censuras. Va más allá de la simple relación con el sentido de la vista. Nuestro cuerpo participa de los relatos traumáticos de sus personajes. Hace percibir los olores y las sensaciones. Sabe cómo provocar altos o bajos de agrado y desagrado. Este es un circo que nunca llegará a la esperada función final en Villa Paradiso. El apoyo del gobierno transforma la función circense en horror. El espectáculo mayor será la participación en una guerra de luces y destellos. El pueblo será destruido como acto final. Un pueblo compuesto de mutilados será atacado por el gobierno. El alcalde militar se prepara a dar su batalla final sobre sus prótesis de pies, que le pican y desesperan mientras espera por fin ser mártir y héroe. Sin duda la imaginación de los gestores de la Violencia en Colombia supera con creces la imaginación literaria sobre el tema. Sin embargo, esos fragmentos de cuerpos, esos pedazos de sociedad soñada y padecida entre pesadillas se entienden cuando el relato literario permite que se junten y se reconozcan como capítulos de una guerra inconclusa.

En *Baila Sarah, Baila* los retazos de la historia se vuelven dolorosamente nuestro presente. Aunque haya pasos hacia la paz, para millones de familias la pesadilla de la guerra sigue siendo pan de cada día. Las modalidades de la crueldad siguen siendo utilizadas en la vida real. La horrible noche no ha cesado. Este es un libro necesario. Le apuesta al poder sanador del contar. Su autor ha investigado los relatos de las masacres. Ha consultado los archivos históricos y la documentación fotográfica de la guerra. No para reproducirlos mecánicamente sino para elaborar poéticamente el dolor en un microcosmos de absurdos. La familia circense va en su carromato, como la sociedad colombiana, recorriendo pueblos asediados, con Sarah, la belleza del horror, a la cabeza de la caravana. En estos recorridos, se encuentran con cadáveres. A veces, al partir, tienen que abandonar a sus colegas moribundos, humanos y animales. A veces no pueden partir por razones de orden público. Los integrantes viejos se convierten en una carga para Ulises, poeta y director del circo. Su anhelo empresarial consiste en recoger nuevos personajes a los que pueda explotar hasta la saciedad.

Esta novela nos presenta una radiografía de la sociedad como circo. Juega con las problemáticas relaciones de poder que suceden en el seno de esta familia. Vemos cómo son sus vidas en sus horas de descanso, en el trabajo y, como si estuviésemos tras una cortina, en su intimidad. En el circo hay una jerarquización estricta entre rangos, mediada en la mayoría de los casos por el orden de llegada de los trapezistas, payasos, ayudantes, engendros, malabaristas. Durante los recorridos de la caravana, van llegando madres desesperadas y hambrientas con sus enanos o monstruos de la mano y los dejan por unas monedas y un sueldo periódico, con la esperanza de que brillen en el mundo del espectáculo circense, o al menos se sustenten con el sudor de sus pequeñas y horribles frentes: “gracias a su deformidad, daría[n] a sus padres algunas monedas, aunque los odiara hasta el desprecio, era el pago por ser libre” (p. 34). ■